

Xavier Sala i Martín

Crisis (7): gasto inútil

Si gastáramos un millón de dólares por cada día transcurrido desde que nació Jesucristo hasta hoy, no dilapidaríamos tanto dinero como el presidente Obama gastará con su reciente plan de estímulo económico. Y es que una especie de virus neokeynesiano que lleva a los dirigentes a la locura del dispendio ilimitado parece haber invadido el planeta Tierra. Es como si el único libro de economía jamás escrito fuera la *Teoría general* de Keynes, de 1936, que propone el aumento del gasto público para salir de la crisis.

Decía Keynes que “en el largo plazo, todos estamos muertos”... Y tenía razón: ¡Keynes está muerto! El problema para sus discípulos es que antes de morir (pero después de publicar la *Teoría general*) también escribió otras cosas como: “El aumento de la obra pública puede ser la medicina correcta cuando hay una deficiencia crónica en la demanda, pero no se puede organizar de manera suficientemente rápida como para ser el instrumento más útil para evitar los ciclos económicos” (Keynes, *Collective writings*, vol. XXVII, p. 122, 1942). Es decir, después de pensarlo, ni el propio Keynes creía en la utilidad del gasto público para sacar a la economía de una recesión. La razón es la que apuntábamos en estas páginas el 17/XII/2008: para ser útil, el gasto público debe ser sometido a complicados procesos de decisión y adjudicación que requieren tiempo. Eso significa que, si se quiere que sea útil, no va a llegar a tiempo. Y si se quiere que saque a la economía de la crisis, va a ser inútil. (Nota: la cosa es todavía más grotesca en el caso español, dado que el Gobierno tiene la manía de no pagar sus deudas hasta ¡18 meses después de ejecutada la obra!).

“¡Pues que sea inútil!”, dirían los keynesianos, “al fin y al cabo ¡eso es lo que sacó al mundo de la gran depresión de los años 30!”. Bien..., la salida de la gran depresión está sujeta a un debate que no vamos a solucionar aquí. Pero hay otros episodios históricos que pondrían en duda la eficacia del gasto público. Uno de ellos es una crisis enormemente parecida a la actual: Japón 1990. Tras una gigantesca burbuja

inmobiliaria, el sistema bancario japonés se colapsó, el préstamo desapareció y el país entró en una profunda crisis económica. ¿Cómo reaccionó el Gobierno japonés? Respuesta: se endeudó hasta el cuello y gastó lo que no estaba escrito: se hicieron obras públicas por valor de 4.7 billones de euros (la economía japonesa entonces era de unos 4 billones de euros anuales) y la deuda pública subió hasta 7 billones (un 180% del PIB). Se pavimentó el país entero unas cuantas veces, se construyeron puentes, museos, zoos, palacios de deportes e incluso pirámides de cristal.



AVALLONE

¿Contribuyó todo este derroche a que Japón saliera del agujero? No lo sé. Lo que sí sé es que han pasado 18 años... y la economía japonesa todavía no ha salido del agujero. Algunos economistas dicen que sin el gasto público, la crisis japonesa hubiera sido mucho más profunda. Quizá sí..., aunque otros dicen que fue el aumento desmesurado del gasto el que hizo que cundiera el pánico entre los ciudadanos, cosa que los llevó a reducir el consumo y a agravar la situación. ¿Quién tiene razón? Seguramente nadie: yo más bien me inclino a pensar que todo ese dispendio no fue ni bueno ni malo, sino más bien... inútil.

Y es que hay un teorema que dice que un problema económico no se soluciona creando otro “que compense”, sino arre-

glando la raíz del problema. Si fuéramos médicos y viéramos que el corazón (raíz del problema) del paciente no tiene suficiente fuerza para bombear sangre por todo el cuerpo, no cortaríamos las piernas para que no necesitara tanto riego sanguíneo (creación de problema que compensa), sino que intentaríamos reparar el corazón. Lo mismo pasa en economía. El problema actual es que el sistema financiero ha generado deudas gigantescas para crear instrumentos financieros que ahora tienen un valor dudoso y eso impide que la economía real tenga acceso a crédito para invertir y comprar. Eso no se soluciona dejando que el Gobierno genere todavía más deuda y gaste el dinero haciendo ferrocarriles, museos o parques. Se arregla yendo al corazón del sistema financiero, extirpando lo que está podrido y haciendo que la banca recupere la confianza en las empresas y viceversa.

Con eso no quiero decir que no se necesiten ferrocarriles, museos o parques. Lo que digo es que contratar a los parados de la banca para que construyan ferrocarriles no va a arreglar el problema de fondo que es la falta global de crédito.

La pregunta clave es: ¿por qué se aprueban, pues, planes de aumento extravagante del gasto en casi todos los países del mundo? Mi respuesta es bien sencilla: la clase política ha aprovechado el miedo que la crisis ha metido en el cuerpo del contribuyente para hacer su particular carta a los Reyes. Fíjense en que Obama ha querido que su plan fuera aprobado deprisa y corriendo: “Si no se aprueba esta semana -dijo-, va a haber una catástrofe económica”. No hay programa en el mundo que no pueda esperar una semana, por más que el nuevo mesías, Barack Obama, diga lo contrario. Eso sí, las prisas han conseguido que se aprobaran cientos de programas sin el necesario escrutinio público y han convertido la crisis en el paraíso de los chupópteros del dinero ajeno. En estos momentos de pánico en los que ha cuajado la idea de que cualquier tipo de gasto inútil sirve para salir de la recesión, los políticos aprovechan y hacen lo que toda la vida han querido hacer: gasto inútil.●

www.sala-i-martin.com

Màrius Carol



El olor a libro

Amazon acaba de lanzar el Kindle2, un libro electrónico que además habla, así que no sólo puede leerse, sino también escucharse. Desde que Sony lanzó el eReader, asistimos a una carrera de multinacionales por producir pantallas cada vez más pequeñas y manejables, para tener siempre nuestra biblioteca a mano. Pero los augures de la tecnología aseguran que el futuro está en los móviles y anuncian que iPhone prepara una versión que incluirá la posibilidad de leer en ellos. La guerra no tiene vuelta atrás, el libro de papel está asediado por las pantallas digitales. El Kindle2 puede cogerse con una mano, tiene un grosor insignificante y puede almacenar 1.500 libros. Como si quisiera hacer temblar a los amantes del papel, Jeff Bezos, el patrón de Amazon.com, invitó al escritor de terror Stephen King a proclamar el apocalipsis del libro.

La tecnología entiende poco de romanticismos, así que el libro electrónico está aquí para quedarse, pero los que estamos convencidos de que el libro de papel es un objeto que tiene vida propia, que la ilustración de su por-

El libro de papel es un objeto que tiene vida propia y su aroma nos traslada a días pasados

tada nos traslada a los días en que lo compramos y que su olor nos devuelve las sensaciones que tuvimos al leerlo, nos resistimos a creer que ha empezado su agonía. Somos muchos a quienes nos gusta rodearnos de los libros que nos han influido, a quienes nos encanta extasiarnos con las dedicatorias de los autores favoritos. No somos menos quienes nos sentimos dichosos en las librerías de viejo buscando obras olvidadas de ediciones increíbles.

Marco Tulio Cicerón consideraba que la felicidad era una biblioteca con jardín. Günter Grass ama todos los libros por igual y considera que incluso los malos deben ser guardados con respeto, porque, en tanto que tales, son sagrados. Y André Maurois recomendaba tener una relación erótica con la biblioteca y releer cada año los mismos libros como acto supremo de fidelidad y pasión. En cambio, Jeff Bezos habló de portabilidad, de resolución y de almacenamiento en la presentación de su ingenio digital. Como si en el mundo de las pantallas planas lo importante fueran las características tecnológicas más que las emociones personales.

En ese universo inane hacia el que avanzamos, los gadgets electrónicos permitirán que desaparezcan las estanterías con libros de nuestras casas. Así que no podremos descubrir los gustos de los propietarios, de tal forma que la cultura y la sensibilidad permanecerán ocultas en el lector digital, blindado a nuestra curiosidad. Si el Kindle2 y sus sucesores ganan la partida, dentro de unos años, cuando alguien se baje de la biblioteca de Amazon *La sombra del viento*, de Carlos Ruiz Zafón, no entenderá qué es el cementerio de los libros olvidados. Pero aún comprenderá menos la frase de Luis Señor: “Uno es de donde tiene los libros”. Y claro, uno puede ser de Igualada, pero no de Amazon.●

Oriol Pi de Cabanyes

Si esto es Mir

La contaminación no es cosa exclusiva del patrimonio natural. Se da también en el patrimonio cultural. En especial en el artístico. Y así como hay épocas en que este patrimonio se respeta en su creatividad original, se restaura y se conserva, se estudia y se difunde (que esta es la responsabilidad de los museos públicos, más que de los coleccionistas privados), hay otras épocas en las que el legado material de la cultura y el arte ya consagrados por el prestigio del pasado se puede llegar a sobreexplotar hasta su total desvirtuación sin que se aporte a él ningún otro valor añadido que el del aumento del precio de la marca en el mercado.

Lo siento, pero esta es la reflexión que me ha sugerido la muestra supuestamente antológica de Joaquim Mir que se pue-

de ver en CaixaForum. Si esto es Mir, me retracto públicamente de mis anteriores entusiasmos por su obra, aunque sé muy bien que el genuino Mir es capaz de fascinar hasta al francés más pintado. Si esto es Mir, no queda más remedio que dejar que el tiempo someta a verdadera depuración la obra que se le supone. Y no se olvide que ya Durancamps confesaba en sus memorias que hizo una copia de un Mir y que al pintor le gustó tanto que llegó a firmarla, cosa que bien podría no ser cierta.

Si esto es Mir, y a mí me parece que sólo lo es en parte, ¿dónde está el gran Mir de las pequeñas obras, el Mir genial capaz de emocionarnos con sus atmósferas mágicas, su pincelada espontánea y su no reclamado trato del color? En el cercano MNAC se puede ver, eso sí, la extraordinaria tela de los pobres ante la Sagrada Famí-

lia, cuadro muy sometido también a distorsión interpretativa y que sólo hay que saber mirar para ver qué mensaje contiene. Similar, dicho sea de paso, al de *El vendedor de taronges*, que, con el retrato del viejo Trinxet y una docena más de telas, es de lo mejor de esta decepcionante exposición.

¿Dónde está Mir, el mejor Mir, el auténtico Mir de antología? Porque si esto es Mir visto en su conjunto, hay que revisar con toda urgencia el canon que lo considera uno de los grandes de la pintura catalana del siglo XX. Y darle honestamente toda la razón a Cirici Pellicer cuando en 1972 se lamentaba, a propósito de otro gran montaje retrospectivo del pintor, de “hasta dónde el abuso del éxito lleva sistemáticamente a la superficialidad y el mal gusto”.●